

Violencia contra las personas sufrientes

El caso de quienes padecían
enfermedad en tiempos de Jesús

Un acercamiento pastoral

EDWIN MORA GUEVARA*

1. INTRODUCCIÓN

La reflexión sobre los y las pobres ha sido punto central en la teología latinoamericana y en específico en la cristología latinoamericana, desde sus inicios. A partir de la década de los años 80 se hizo necesario especificar los diferentes rostros de la pobreza. Tamez señala que los y las pobres tienen rostros concretos y que “la pobreza trasciende a lo económico” (2000, 101).

* El magister Edwin Mora es profesor de teología en la UBL.

Actualmente se utiliza el término “excluidos” y “excluidas” para referirse a aquellas personas marginadas por el racismo, sexismo, carencia económica, enfermedad y/o limitaciones funcionales. También se considera que las grandes mayorías son excluidas del mercado por la ideología manifiesta en la economía globalizada. (Tamez 2000). Como se denota, si tomamos en cuenta las diferentes variables sociales que conforman la realidad latinoamericana y caribeña, el cuadro de rostros concretos a los que la teología y la pastoral, y en específico la cristología latinoamericana, urgen responder, se amplifica.

Uno de los rostros personificadores de la y el pobre lo constituye la fisonomía singular de la persona que padece enfermedad.¹ Aunque la enfermedad, el dolor y la muerte no distinguen posición económica y social, sus estragos pueden ser agudos para las inmensas mayorías empobrecidas de América Latina y el Caribe. En este hecho encontramos una similitud con la situación de las muchedumbres de pobres de Palestina en la época en que Jesús llevó a cabo su ministerio.

Las creencias que la cultura judía tenía con relación a la enfermedad y el dolor, generaban un clima de hostilidad contra la persona sufriendo. Con base en ellas, la sociedad estigmatizaba a la persona y obstaculizaba de esta forma el afrontamiento de estas situaciones. Con el anuncio del reinado de Dios, validado por su praxis solidaria, Jesús nos revela la cercanía amorosa de Dios. Esta cercanía invita a la reflexión y al cambio de actitudes.

Consideramos que la revisión de algunas creencias que se daban en tiempos de Jesús con relación a la enfermedad, la actitud inclusiva de Jesús y las acciones pastorales que realizó para responder a esa realidad social, pueden brindarnos pautas para el acompañamiento y apoyo de aquellas personas que hoy día padecen enfermedad. Esto con el fin de fortalecer los ministerios dirigidos a las personas que se encuentran en esta situación.

2. ENFERMEDAD Y CREENCIAS RELIGIOSAS

2.1 Enfermedad en tiempos de Jesús

Para las mayorías empobrecidas de Palestina en el tiempo de Jesús, el estado de salud era deplorable (Descalzo 1992). A esta situación pudo contribuir la alimentación, el clima y la falta de higiene. En la Biblia se muestran casos de enfermedades intestinales por aguas contaminadas (cf. Ex 23.25), fiebres (cf. Jn 4.52) - este término designa varios tipos de enfermedades- y afecciones de la vista (Descalzo 1992), entre otras. Sin embargo, “de todas las enfermedades la más frecuente y dramática era la lepra (Lc 17.12, Mt 8.2; Mc 1.40). Sobre esta enfermedad pesaba una gravísima reglamentación legal que daba al leproso por infinitamente perdido para la sociedad (cf. Lev 13.45-46)” (Descalzo 1992, 454). Contra las personas con lepra se ejercía violencia; eran etiquetadas y aisladas de la sociedad.

Lo que hoy en día se conoce como “lepra” difiere de la serie de dolencias de la piel a las que se les llamaba así en tiempos de Jesús (Schifter 1998). “Un hombre con cualquier tipo de enfermedad que pudiera hacerle exteriormente impuro era conocido como un leproso. En la antigüedad, la lepra era un término genérico que abarcaba todas las enfermedades cutáneas, incluidas las úlceras y los sarpullidos” (Nolan 1994, 37). El término hebreo *Tsará ath* que se traduce generalmente por lepra, significa literalmente «castigo de Dios» (Breneman, Hanks, Foulkes, Roberts y Huffman 1977, 375). Actualmente se diferencia entre la lepra y el grupo de enfermedades de la piel cuya mención en la Biblia ha sido traducida como “lepra”. Sobre esto es interesante el aporte de Schifter cuando advierte que

Es totalmente equivocado traducir la palabra griega “lepra” por “lepra” en español. Lo que hoy llamamos lepra es causado por el Mycobacterium leprae, un bacilo descubierto en 1868 por Gerard Hansen.

Esta enfermedad era conocida en tiempos bíblicos pero se llamaba elefas o elefantiasis. La antigua “lepra” era en realidad psoriasis, eczema o cualquier bongo en la piel. (Schifter 1998, 147)

En tiempos de Jesús, las causas de las enfermedades eran atribuidas a la impureza (como los casos que designaban como “lepra”), o a los malos espíritus (como en el caso de algunas dolencias emocionales). Aunque la persona que sufría de lepra no era descrita como alguien que estuviera bajo el dominio de un espíritu del mal, se le consideraba corporalmente impura. La enfermedad se percibía como castigo de Dios (cf. Lc 13.1-5), ya sea por sus propios pecados o por los de sus antepasados³ (Nolan 1994). Tener “lepra” en aquellos tiempos significaba estar contaminado. Esta contaminación simbólica no solo afligía la piel (cf. Lev13.1-45, 14.1-32), sino también se figuraba en la ropa (cf. Lev 13.46-59), y en la casa (Lev 14.33-53). Las pertenencias tanto materiales como sociales se veían agudamente afectadas. Al respecto Schifter menciona que

El leproso no es una persona que atemoriza por su capacidad de contagiar a los demás, como se ha dicho, sino por su contaminación simbólica... La marginalidad era el resultado. Tener psoriasis (“lepra”) no era cualquier cosa. La persona que la padecía era expulsada de la sociedad y su familia humillada⁴ (Schifter 1998, 147).

El ambiente de contradicciones sociales, violencia y pobreza en el que Jesús desarrolló su ministerio, generó el incremento de la enfermedad en las mayorías empobrecidas. Las enfermedades a las que se enfrenta Jesús no son solo físicas, sino también emocionales o mentales. “En los enfermos que Jesús ha descubierto en su camino inciden también otros factores, de carácter psíquico, social y psicológico» (Pikaza 1990, 137).

Como hemos mencionado, las enfermedades mentales en el tiempo de Jesús eran atribuidas a la posesión por espíritus del mal mientras que las enfermedades físicas como la lepra eran atribuidas a la posesión

del pecado que se expresaba en contaminación física y social. Algunos males físicos y psicosomáticos también eran considerados obra de un mal espíritu. Por ejemplo,

- La mujer encorvada que se hallaba “poseída por un espíritu de debilidad” (cf. Lc 3.10-17),
- Espíritus de sordera y mudez (cf. Mc 7.35, 9.18-25, este parece un caso de epilepsia),
- La fiebre que tenía la suegra de Pedro (cf. Lc 4.39), entre muchos otros.

Los cambios no habituales en el comportamiento de una persona -que hoy en día podrían reflejar desde un desajuste emocional hasta la presencia de severas psicopatologías- eran explicadas señalando a la persona como poseída por un demonio o espíritu del mal. Al respecto Nolan refiere que,

Para los judíos ...el cuerpo es la morada de un espíritu. Dios insufla en el hombre un espíritu que le haga vivir. En el momento de la muerte, ese espíritu abandona el cuerpo. Durante su vida, otros espíritus pueden también habitar el cuerpo de una persona, ya se trate de un espíritu bueno (el Espíritu de Dios) o de un espíritu malo e impuro, un demonio. Esta circunstancia sería observable en la conducta de la persona. Siempre que una persona no era ella misma, siempre que se hallaba fuera de sí y manifestaba haber perdido el control de sí misma, se consideraba evidente que algo había entrado en ella (Nolan 1994, 36).

La valoración del comportamiento de la persona llevaba a la conclusión sobre si se trataba o no de la posesión de un espíritu del mal.

De este modo, el extraordinario comportamiento y los inhabituales arrebatos de un profeta (especialmente en caso de trance) serían conceptuados como posesión por el Espíritu de Dios; mientras que la conducta patológica de los mentalmente enfermos habría de ser conceptuada como posesión por un espíritu malo (Nolan 1994, 36).

Durante su ministerio, Jesús se encontró con muchas personas que eran marginadas tanto por las afecciones en la piel y el cuerpo, como por las afecciones en las emociones y el espíritu. A todas ellas les brindó soporte y les ofreció sanidad integral. Más adelante veremos cómo la salud que Jesús ofrece no restituye solamente lo corporal, sino también incide en lo social, en lo emocional y en lo espiritual. Se trata de un soporte integral.

Además de la gravedad que se imponía sobre la salud de los contemporáneos de Jesús por las contradicciones sociales de pobreza y miseria, las personas con enfermedad cargaban con el estigma de ser impuras o estar poseídas por espíritus malos. Las creencias de la cultura judía con relación a la enfermedad generaban hostilidad hacia las personas sufrientes. En el siguiente apartado revisaremos algunas de estas creencias.

2.2 Creencias sobre la enfermedad y cambios introducidos por Jesús

Tal como lo hemos indicado, los contemporáneos y contemporáneas de Jesús consideraban que la enfermedad, el dolor y el sufrimiento eran castigos divinos por el pecado propio, o bien de los antepasados y antepasadas (Breneman, Hanks, Foulkes, Roberts, Huffman 1977). Con respecto a la enfermedad y el dolor, la idea de la retribución negativa continuaba vigente en tiempos de Jesús.⁵ Nolan lo detalla de la siguiente manera.

Todos los infortunios, enfermedades y otros desórdenes constituían el mal. Eran calamidades enviadas por Dios como castigo por el pecado de uno mismo, o de alguno de la propia familia, o de los antepasados. “¿Quién tuvo la culpa de que naciera ciego, él o sus padres? (Jn. 9.2, véase también Lc. 13. 2-4). . . Dado que se imputaba de un modo tan mecánico el pecado, la vinculación de éste con el castigo y el sufrimiento tenía necesariamente que ser concebida de un modo igualmente mecánico. Tenemos aquí un campo abonado para la superstición (Nolan 1994, 38).

El evangelio de Juan nos relata el encuentro de Jesús con un hombre que era ciego de nacimiento. Los discípulos le preguntaron a Jesús “¿quién tiene la culpa de que esté ciego, él o sus padres?” (9.2). Esta interrogante se encuentra en la lógica de la retribución, cuyos efectos – según se creía – podían extenderse hasta la tercera y cuarta generación.⁶ Los fariseos sostenían esta creencia y la enseñaban. Ante la interrogante Jesús responde:

No hubo pecado, ni de él ni de sus padres. Pero su caso servirá para que se conozcan las obras de Dios. Mientras sea de día tengo que hacer el trabajo que mi Padre me ha encomendado. Ya se acerca la noche cuando no se puede trabajar. Pero mientras yo esté en el mundo, Yo soy la Luz del mundo. Al decir esto, hizo un poco de lodo con tierra y saliva. Untó con él los ojos del ciego y le dijo: “Anda a lavarte a la piscina de Siloé (que quiere decir el enviado). El ciego fue y se lavó y cuando volvió veía claramente (Juan 9. 1-7 NBL).

Definitivamente en su respuesta –que implica gestos o acciones en favor del hombre del relato- Jesús fue luz para este ciego, para sus coetáneos y para nosotros quienes todavía continuamos leyendo sus palabras en el testimonio evangélico. Era difícil llevar a cabo el trabajo que le encomendó el Padre en medio de tanta oscuridad. Era preciso lavarse bien la cara, quitarse el lodo de tanta ignorancia sobre Dios y ver claramente hacia la luz que resplandeció en este mundo “para alumbrar a quienes se encuentran entre tinieblas y sombras de muerte” (Lc. 1.79).

Ni el no-vidente ni sus padres eran culpables de la ceguera. Este caso definitivamente serviría para obtener un nuevo conocimiento sobre Dios y sus obras, como el que obtuvo Job. Esto es, las obras y gestas de Dios para con el ser humano son de luz, de amor, de claridad. Jesús no vincula mecánicamente pecado-culpa con sufrimiento-castigo, como sí lo hacía la corriente farisea para la cual estaba vigente “el principio de que no hay ningún dolor que no sea castigo, y ningún castigo sin culpa, pudiéndose medir en la magnitud del castigo la de la culpa misma que lo provoca» (Schmid 1981, 331).

Los evangelios presentan constantes polémicas entre los fariseos, saduceos, ancianos, sacerdotes y Jesús. Los fariseos y saduceos realizaban lo que Stamateas (1995) llama “interpretaciones obsesivas de las escrituras” (204). Esto es, interpretaciones rigurosas y legalistas. Stamateas realiza una lectura del tipo de personalidad de estos grupos religiosos y afirma:

Estos creían que casi todas las cosas (¿y personas?) estaban contaminadas a nivel espiritual y para poder llegar a Dios, debían separarse de “lo impuro” para no contaminarse. La teología farisaica, se caracterizó por el olvido de los aspectos terapéuticos de las Escrituras interpretándolas como ritos compulsivos que se debían cumplir al pie de la letra para evitar todo juicio divino. . . De esta manera la ley se transformó en una pesada carga difícil de llevar (Mt. 23:1, 2. 13). Además a estos ritos debían sumársele las oraciones, sacrificios y oblaiones, ya que si no eran realizados generaban en ellos angustia y culpa porque creían que Dios los castigaría (Stamateas 1995, 204).

Jesús se muestra libre ante esos legalismos y esta rigurosidad religiosa, revelándonos la imagen de un Dios que no puede ser encasillado en las obsesiones humanas. Por eso su conducta de libertad resultó escandalosa en medio de un mundo situado entre la violencia, el temor y el ritualismo obsesivo. De ahí que sus acciones crean conmoción, pues representan un giro, un cambio total, una novedad en el tratamiento al ser humano y en particular a la persona enferma o sufriente.

Con relación a los sacerdotes, eran los únicos con competencia social para diagnosticar la temida “lepra”, verificar su cura y llevar a cabo los ritos respectivos de purificación. El sacerdote tenía el poder de declarar impuros o impuras a quienes estuviesen afectados y afectadas por alguna enfermedad en la piel, informándola públicamente como “lepra” y haciendo caer todo el peso de la ley, la violencia y la marginación de la comunidad sobre estas personas (cf. Lev 13 y 14). De tales acciones se distancia Jesús, no sin combatirlas

con su acercamiento y actitud hacia las personas con “lepra”. Al respecto Schifter aporta que,

Las acciones de Cristo no podían haber sido más revolucionarias. El no aceptaba que un sacerdote... determinara que el leproso era impuro. Tampoco tenía miedo de tocarlo y reincorporarlo al mundo de los limpios. Mucho menos de dejarles saber a los sacerdotes que ellos no tenían el monopolio de la verdad... Su manera de curar a los enfermos cambiaba las reglas del juego de la sociedad; abogaba por sus derechos, terminaba con su aislamiento, cuestionaba a los sacerdote (Schifter 1998, 148).

Es importante destacar que algunos elementos que se señalan en la cita anterior caracterizan el soporte asertivo de Jesús hacia la persona sufriente. Esto es, Jesús abogaba por los derechos de las mismas y da fin al aislamiento social que se les había impuesto. Envía a los marginados por la “lepra” a los sacerdotes para que estos certifiquen la reincorporación social a quienes habían destituidos –en nombre de Dios- de la comunidad y la familia. A estas personas el soporte o la acción asertiva de Jesús les ofrece verdadera restitución (cf. Mt 8.1-4) expresada en todas las dimensiones constitutivas del ser humano. Es decir, en lo físico, en lo emocional, en lo social y en lo espiritual.

Como hemos señalado, la evidencia evangélica testimonia que la actitud de Jesús fue inclusiva y asertiva, por lo tanto el soporte, la relación y el trato de Jesús con las personas sufrientes reviste estas características. Las mismas llevan a Jesús a acciones concretas con las personas con enfermedad, tales como hacer uso del lenguaje gestual-corporal para comunicarse con ellos y ellas, aunque esto fuese considerado también impuro y escandaloso. Villamizar lo detalla de la siguiente manera,

Su forma de tratar a los enfermos fue en verdad revolucionaria en su época. Su trato directo y personal con ellos, implica un cambio radical de mentalidad respecto al Antiguo Testamento, que consideraba la

enfermedad como la consecuencia inmediata de un pecado personal, aunque éste hubiese sido cometido en una generación anterior a la del enfermo... y el tratar con ellos, el tocarlos, es un acto de impureza con la cual se adquiriría aquella “mancha” que impedía al israelita acercarse al Templo a ofrecer sus sacrificios y elevar a Dios sus oraciones ⁷ (Villamizar 2000, 19).

En el desarrollo de la asertividad está implicada la capacidad de comunicarse afirmativamente. El soporte asertivo entraña la capacidad de respetar, defender y garantizar la dignidad humana del sujeto de la acción pastoral. Lo anterior se ve fomentado en una relación constructiva, creadora, edificante y afirmativa con las personas. La actitud inclusiva de Jesús se manifestó en toda su praxis pastoral. Fue una actitud de lucha en medio de un mundo de hostilidad y exclusión. A continuación reflexionamos sobre la misma.

3. LA ACTITUD INCLUSIVA DE JESÚS EN UN MEDIO DE HOSTILIDAD

La praxis pastoral de Jesús⁸ nos revela su actitud inclusiva con sujetos específicos. Esto es, con aquellos diversos grupos de hombres y mujeres que personifican al pobre en la sociedad judía y que son sujetos de violencia. Sobrino señala que para Jesús los pobres se caracterizaban en una doble línea. Veamos,

Pobres son todos los que tienen una necesidad real, los hambrientos y sedientos, los desnudos, forasteros, enfermos y encarcelados, todos los que están agobiados por alguna dura carga, para quienes vivir es tarea difícil. Pobres son también los despreciados de este mundo, los pecadores de acuerdo a la ley, publicanos, prostitutas, los pequeños, los que son tenidos por menos que otros y para quienes la religiosidad vigente no ofrece esperanza, sino condenación (Sobrino 1983, 486).

3.1 El mundo de los violentados y las violentadas

Como hemos mencionado, las contradicciones sociales de Palestina en aquella época generaban enfermedad. Además las creencias sobre la enfermedad provocaban hostilidad hacia quienes la padecían. Nolan nos ofrece una descripción del entorno hostil en el que Jesús desarrolla su tarea salvífica.

Este era el mundo de los pisoteados, los perseguidos y los cautivos (Lc 4.18, Mt 5.1). Hoy día se les llamaría los oprimidos, los marginados o los desheredados de la tierra; la gente que no cuenta para nada. Pero constituían la abrumadora mayoría de la población de Palestina, las muchedumbres o multitudes de los Evangelios. La clase media era muy reducida y la clase alta lo era mucho más. . . Lo más sorprendente de Jesús es que. . . se hizo marginado voluntariamente, en virtud de una opción (Nolan 1994, 39).

El entorno en el que Jesús impulsa su misión presentaba grandes contradicciones sociales, económicas, políticas y culturales. La hostilidad y la violencia estaban muy presentes en ese medio. Esta condición acrecentaba la incidencia de enfermedad tanto física como emocional en las mayorías empobrecidas. Pikaza alude a esta situación cuando indica que,

*La enfermedad tiene un aspecto social que es evidente. Contradicciones de tipo cultural, económico y político crearon un ambiente irrespirable en Palestina. Sólo podían resistir los fuertes, los aprovechados y algunos otros muy capaces de aguantar con dignidad el sufrimiento. Los demás se hallaban sin defensa. **En esas condiciones se habían multiplicado las enfermedades que algunos llamarían hoy psicósomáticas:** dolencias de la piel (lepras), de la motricidad (cojos, mancos, paralíticos), de la sensibilidad externa (ciegos, sordos, mudos) **y sobre todo de la mente** (psicosis, presentadas como posesión diabólica)⁹ (Pikaza 1990, 137).*

La impronta de las contradicciones sociales se presenta como campo propicio para que el ser humano se afecte no solo en la salud física, sino también en la mental. Las creencias que había en el tiempo de Jesús sobre la enfermedad reforzaban esta situación. Lo que hoy llamamos enfermedad mental, en aquel momento fue percibido como la acción de malos espíritus o demonios. Los empobrecidos y empobrecidas de Palestina estaban a voluntad no solo de los poderes políticos que les oprimían, sino también de los religiosos, que les sumían en una serie de creencias elaboradas para reforzar el temor y la amenaza. “Aquél era un mundo de locura generalizada: un mundo en que gran parte de la gente se negaba a vivir o vivía en la frontera de la propia fragilidad, del miedo y de la represión” (Pikaza 1990, 137). Nolan resalta estos sentimientos de temor, contradicción, dominación y miedo a los que se veían sometidos y sometidas, los y las más humildes de Palestina.

Era un mundo oscuro y temeroso en el que el individuo desamparado se veía amenazado por todas partes por espíritus hostiles y por hombres no menos hostiles. Estaban a merced de los malos espíritus que, en cualquier momento, podían castigarles con la enfermedad o la locura, e igualmente estaban a merced de los reyes y tetrarcas que les poseían como una propiedad que podía ser adquirida, usada y vendida según lo requiriera la política del momento (Nolan 1994, 38).

3.2 Actitud y acción transformadora

Es en este contorno social, cultural y político que se inscribe la actitud y la acción pastoral de Jesús. La praxis transformadora de Jesús se fundamenta en la gran noticia del reinado de Dios.¹⁰ “Jesús ha introducido su ‘anuncio de reino’ como una invitación a la vida”...(Pikaza 1990, 137). En ese sentido, Jesús precisó su misión con las palabras de Isaías citadas en Lucas, cuando afirmó que,

El espíritu del Señor está sobre mí, por cuanto me ha ungido para dar Buenas Nuevas a los pobres, me ha enviado a sanar a los quebrantados

de corazón, a pregonar libertad a los cautivos, y vista a los ciegos, a poner en libertad a los oprimidos... (Lucas 4.18-19 SBRV95).

Al comprender el entorno en el que Jesús desarrolló su misión, entendemos por qué las palabras de Isaías delinearón su ministerio. Este se impulsó fundamentado en el anuncio del reinado de Dios y en una actitud activamente inclusiva, amorosa y cercana con los violentados y las violentadas, desposeídos y desposeídas de salud, de valía y de toda clase de recursos. Esta actitud se convirtió en acciones concretas hacia los grupos marginados y despreciados, tales como: hablar con ellos y con ellas, comer juntos, visitarles, escucharles, bendecirles, tocarles, mirarles, sanarles, instruirles, y en especial validarles afirmándoles en su dignidad.

La actitud que Jesús tomó a lo largo de toda su vida fue la de servicio y disponibilidad ante toda persona que se acercaba a él, mostrando predilección por los más pobres y necesitados, por los pecadores y los enfermos, los excluidos del sistema político religioso de su época (Villamizar 2000, 30).

La actitud inclusiva de Jesús revela su opción por la persona sufriente. Sus acciones pastorales se orientaron al afrontamiento del dolor y de la miseria.

Curaba a los enfermos (Mt. 4.23-24), consolaba a los afligidos (Mt. 11.28), alimentaba a los hambrientos (Lc. 9.10-17), liberaba a los hombres de la sordera (Mc. 7.32-35), de la ceguera (Lc. 18.35-43), de la lepra (Lc. 17.11-17), del demonio (Mc. 1.21-28) y de diversas disminuciones físicas (Jn 5.2-18). Su existencia estuvo totalmente orientada a aliviar el dolor ajeno a tal punto que a veces no le quedaba tiempo para descansar (Mc. 6.31), ni siquiera para comer (Mc. 3.20). Recibía y escuchaba a la gente tal como se presentaba, sin importar quién era o lo que de El se decía, buscando ayudar a cada uno a partir de su realidad... Llevaba esperanza a los que vivían sin esperanza, haciéndoles ver el amor que Dios les tiene y su propio valor de hombres e hijos de Dios (Villamizar 2000, 20).

El siguiente cuadro compara la actitud excluyente de la que eran objeto diversos grupos sociales de Palestina y la actitud inclusiva de Jesús para con los mismos.

ACTITUD EX-CLUYENTE	ACTITUD IN-CLUSIVA
En tiempo de Jesús eran excluidos y excluidas:	Jesús actúa inclusivamente de la siguiente manera:
<ul style="list-style-type: none"> • Las personas con “lepra” por considerarse impuros. Las personas con enfermedades mentales pues se consideraba que poseían demonio o malos espíritus (cf. Lc 17.12, Mc 1.32). 	<ul style="list-style-type: none"> • Cura a las personas con “lepra” y libera a otras de su enfermedad mental (cf. Mt 8.2-4, Lc 11.14-22, 17. 14, Mc 1.25-26).
<ul style="list-style-type: none"> • Las mujeres eran excluidas de la vida social y se les trataba como inferiores (cf. Mt 14.21). • Ellas eran consideradas impuras durante el tiempo de su menstruación y se les exigía un sacrificio en el Templo después de dar a luz (cf. Lc 2.22). • Las mujeres no podían ser testigos en los tribunales. 	<ul style="list-style-type: none"> • Se hace acompañar de un grupo de mujeres en el desarrollo de su ministerio (cf. Lc 8.1-3) • Jesús tiene amistad con Marta y con María (cf. Lc 10.38). • Las mujeres fueron las primeras testigos de su resurrección (cf. Mc 16. 1-18)
<ul style="list-style-type: none"> • Los niños y las niñas aunque eran considerados y consideradas una bendición de Dios, no eran tratados o tratadas como personas, sino como inferiores (cf. Mt 15.38). 	<ul style="list-style-type: none"> • Jesús enseña que “quien no se hace como un niño, no entrará en el Reino de Dios” Mt 18.2-5.

ACTITUD EX-CLUYENTE	ACTITUD IN-CLUSIVA
<p>En tiempo de Jesús eran excluidos y excluidas:</p>	<p>Jesús actúa inclusivamente de la siguiente manera:</p>
<ul style="list-style-type: none"> • Muchas personas en la sociedad judía eran despreciadas por su profesión que tenía que ver con personas o cosas consideradas sucias o impuras. Eran apartadas de la vida social y llamadas “pecadoras” (cf. Mt 9.11). 	<ul style="list-style-type: none"> • Jesús eligió a Mateo, uno de sus apóstoles, entre el grupo de las personas llamadas “pecadores”. Además come con “publicanos” y “pecadores” (cf. Mt 9.10).
<ul style="list-style-type: none"> • Los samaritanos y las samaritanas eran excluidos y excluidas por ser considerados y consideradas impuros e impuras. 	<ul style="list-style-type: none"> • Jesús conversa con una mujer samaritana (cf. Jn 4.7). • Pone a los samaritanos como ejemplo de amor en algunas parábolas (cf. Lc 10.33).
<ul style="list-style-type: none"> • Los y las pobres eran despreciados y despreciadas. 	<ul style="list-style-type: none"> • Jesús les llama dichosos y dichosas y señala que el reino de Dios es de los y las pobres, esto es, el reinado de Dios es preferencialmente para hacer justicia al pobre (cf. Lc 6.20). • Jesús alaba a Dios por haberse revelado a los humildes, a los pobres (Mt 11.25-26), Acción Católica Obrera 1992)

Para percibir el reinado de Dios que proclama Jesús, hay que profundizar cuatro aspectos del mismo presentados por los evangelios, según señala Moltmann: “las parábolas como enseñanzas del Reino, las curaciones como milagros del Reino, las comidas con pecadores y publicanos, marginados del reino; y las bienaventuranzas como ley fundamental del Reino” (Moltmann en Floristán 1999, 40). Más adelante reflexionaremos sobre los milagros de Jesús y su relación con el mensaje del reinado de Dios. Estas dimensiones de análisis que propone Moltmann, contienen un elemento común: la actitud inclusiva.

3.3 La inclusión como un valor del reinado de Dios

Los valores del reinado de Dios generan nuevas actitudes. Asumir una actitud implica tomar una postura frente a algún aspecto de la realidad. Esto conlleva una disposición del ánimo con manifestaciones exteriores en el lenguaje, en los gestos y en el comportamiento o conducta. Una actitud denota disposiciones internas. El ser inclusivo o inclusiva – al igual que sucede con toda actitud – se expresa en los ámbitos simbólicos, de pensamiento (lenguaje y discurso), emocional (sentimientos) y a nivel de acciones (comportamiento o conducta) (Johnson 1993).

La utopía del reinado de Dios y sus consiguientes valores – como proyecto en la historia humana - de las que se nutre el mensaje proclamado por Jesús, son los elementos que producen en él esa toma de postura, esa actitud de inclusión hacia todas aquellas personas excluidas que son simbolizantes del pobre. Here No es posible entender la actitud inclusiva de Jesús si se la escinde del mensaje que proclamó sobre el reinado de Dios. Todo lo contrario, Jesús nos revela un reinado de Dios inclusivo, y lo que es más importante aún, un Dios inclusivo. Sobrino lo expone de la siguiente manera,

Para comprender a Jesús hay que comprender aquello que fue lo último para él. Jesús no se presenta predicándose a sí mismo, pero ni siquiera

tan solo a Dios, sino el reino de Dios. ... Jesús aparece, por lo tanto, al servicio de algo que es distinto de sí mismo... Reino de Dios es un símbolo utópico de esperanza... que expresa el deseo de una nueva historia y una nueva realidad... como fin de las calamidades y triunfo de la justicia (Sobrino 1983, 485).

Esta esperanza de que Dios mismo gobernará con justicia y equidad aparece en la historia del pueblo de Israel. Fue expresada de muchas formas como superación de la miseria y el dolor mediante el reinado de la justicia de Dios. El libro de Isaías contiene referencias a esa esperanza. La misma fue significada en Isaías 65.17 como “nuevos cielos y nueva tierra.” La misión de Jesús fue proclamar esa novedad tan singular, validada por sus actitudes y acciones.

En Jesús, el acto de hablar sobre Dios no se desentiende del anuncio de su reinado. Este mensaje enfatiza “la inmediata cercanía o llegada del reinado de Dios junto a la conversión que Dios exige para que dicho reinado se ponga en práctica” (Floristán 1993, 42). Mediante la llegada del reinado de Dios, se potencia una relación estrecha de este con los seres humanos. La conversión a los valores del reinado de Dios es punto de partida en la relación de Dios con el ser humano. Así lo señala el evangelio de Marcos cuando dice, “Hablaba de esta forma: el plazo está vencido, el reino de Dios se ha acercado, tomen otro camino y crean en la Buena Nueva” (Mc 1.15).¹¹ Jesús nos acerca al proyecto del reinado de Dios y en esa aproximación nos revela a Dios mismo. Al respecto Araya advierte que,

Jesús no anunció simplemente a “Dios”, así de manera universal y abstracta. No se puede mencionar a Dios simplemente. Hay que hacer una afirmación dual: Dios “y” reino, Dios “y” cercanía, Dios “y” su voluntad salvadora, Dios “y” paternidad amorosa. La razón por la cual Jesús no anuncia simplemente a “Dios” es que Jesús hereda y se inscribe en una rica tradición (del éxodo, de los profetas, apocalípticas y sapiencias) según la cual no es nunca Dios-en-sí-mismo, sino Dios en relación con la vida y la historia de los seres humanos. Es por lo mismo

que, al ser el reino de Dios el centro y marco de la predicación de Jesús, no podemos separar a Dios del reino (Araya 1998, 72).

El anuncio de Jesús sobre el reinado de Dios integró proclamación y signos de bienestar e inclusión para quienes sufren. Tanto en su mensaje como en sus acciones transformadoras encontramos un particular acercamiento misericordioso a las personas sufrientes. Sobrino lo señala así cuando dice que,

*La práctica de Jesús incluye su predicación acerca del reino... Jesús realiza además una práctica que hace presente el reino... son prácticas en favor de la justicia; **el acercamiento misericordioso a todos los que sufren distanciamiento y desclasamiento social y religioso** es superación de divisiones y antagonismos opresores¹² (Sobrino 1983, 487).*

3.4 La conversión como re-planteamiento de actitudes

En su predicación se escucha un claro llamado a cambiar de actitudes (cf. Mt. 1.15). Esto requiere una profunda transformación no solamente interna, sino también social. Ante el reinado de Dios se requieren “dos exigencias fundamentales: conversión de las personas y re-estructuración de todo su mundo.” (Boff 1981, 95). La invitación a la conversión es para todos y todas. “Conversión significa mudar el modo de pensar y actuar en el sentido de Dios, y esto supone una revolución interior” (Boff 1981, 96), así como un re-planteamiento de las relaciones sociales.

La conversión supone el re-planteamiento de las actitudes, tanto sociales como personales. La modificación de una actitud consiste en la inversión de esta cuando es negativa o en la intensificación de la misma cuando es positiva (Johnson 1993). Cuando las personas decidimos escuchar la invitación de Jesús, nuestras actitudes (en las cuales se implica pensamientos, sentimientos y conducta), se ven

modificadas. El mundo también se ve modificado, pues el reinado de Dios significa en palabras de Boff, “liberación del legalismo, de las convenciones sin fundamento, del autoritarismo y de las fuerzas y potencias que subyugan al hombre” (Boff 1981, 103). El Reino de Dios demanda conversión. Esto es, cambio y opción por una nueva forma de relacionarse con uno mismo, con el entorno, con los demás y con Dios.

3.5 La inclusión como modelo de relación

La forma de relacionarse de Jesús con las personas y grupos de su época fue desprejuiciada. Jesús no rechaza a quien se le acerca. Así lo expresa cuando dice, “yo no rechazaré al que venga a mí” (Juan 6.37). Boff lo caracteriza así cuando dice que Jesús,

Acoge a todo el mundo; a los pecadores con quienes come (Lc 15.2, Mc 9.10-11), a la vieja encorvada (Lc 13. 10-17), al ciego mendigo a la vera del camino (Mc 10. 46-52), a la mujer que se avergüenza de su menstruación (Mc 5. 21-34), a un conocido teólogo (Juan 31.1ss)... En su modo de hablar y actuar, en el trato que tiene con las distintas clases sociales nunca encuadra a las personas con esquemas prefabricados... su reacción es sorprendente, para cada uno tiene la palabra exacta o el gesto correspondiente... Los evangelios refieren muchas veces que Cristo callaba. Escuchar al pueblo y sentir sus problemas es una forma de amarlo (Boff 1991, 121).

De este modo, la evidencia evangélica nos muestra que la actitud excluyente es inadecuada y ajena a los principios fundamentales del reinado de Dios y de la espiritualidad cristiana basada en el seguimiento de Jesús. El desarrollo de una actitud inclusiva y desprejuiciada que se fundamente en el amor y la cercanía con el otro y la otra, se inscribe dentro de los valores del reinado de Dios. Esta actitud es vital en el acercamiento a la persona sufriende y es modelo de nuevas relaciones con los y las demás.

4. EL SOPORTE ASERTIVO DE JESÚS¹³

4.1 Preferencia por las personas sufrientes y no por el dolor

La novedad con la que Jesús trata a la persona sufriente está estrechamente ligada a la primicia del anuncio del reinado de Dios que él hace (cf. Mt. 4.17) y a sus destinatarios y destinatarias, los marginados y marginadas. Su trato hacia las personas sufrientes y desposeídas crea conmoción. Se inscribe en la revolución que plantea el mensaje del Reino de Dios. De esta forma, ante las normas religiosas Jesús antepone a la persona y su calidad de vida. Su actitud y conducta serán consideradas incitantes para los líderes religiosos.

Pone a la persona como lo más importante rechazando todo aquello, incluidas las normas religiosas, que los marginaban, negándoles el respeto, el amor y la atención que necesitaban. Por esto acepta a quienes eran considerados y rechazados como pecadores (Mt. 9.10-13), no niega su ayuda a los extranjeros (Mt. 8.5-13); cura los sábados (Mc. 3. 1-5) y con especial interés busca acabar con la marginación de que eran objeto los enfermos de la lepra acercándose a ellos, tocándolos, curándolos y reintegrándolos de nuevo a la sociedad que los había rechazado. (Lc. 5. 12-14) (Villamizar 2000, 21).

Jesús amó profundamente a las personas sufrientes. Mostró una inmensa compasión por ellos y por ellas. Sin embargo, esto no significa que amó el dolor o el sufrimiento. Su amor por las personas fue tan grande que lo llevó al compromiso de entregarse hasta las últimas consecuencias. Esto es, su propia muerte. Arias lo expresa así,

Cristo no vino a elevar el dolor a categoría de bien; no vino a bendecir ni a santificar el dolor. Si acaso vino a enseñarnos que el dolor no debe llevarnos a la desesperación porque existen valores tremendamente más importantes que ni el dolor es capaz de eliminar. Por eso decía a sus discípulos que no temieran siquiera a quienes podían quitarles la vida del cuerpo. . . Cristo no nos ha dicho “sufrid como yo he sufrido”, sino “amaos como yo os he amado”. Y el amor es fuente de gozo. . . canonizar

el dolor es no haber aceptado a Cristo. Es querer crucificarle otra vez
(Arias 1976, 159-165).

En el seguimiento de Jesús no podemos santificar el dolor, el sufrimiento y la muerte. La muerte se significa en la cotidianidad en todos aquellos elementos del anti-reino o anti-reinado de Dios. Coincidimos con Arias cuando en la cita anterior afirma que encomiar el dolor es no haber aceptado a Cristo. Tampoco habremos comprendido la praxis de Jesús. Santificar el dolor es espiritualizarlo, es sumirse en una actitud dolorista que solo nos llevará al fatalismo. Nada más opuesto a la actitud de Jesús. Fue una actitud de esperanza, de fe, de lucha constante frente al dolor y la muerte presentes en su pueblo. En esa lucha se inscribe su actividad sanadora. Nolan refiere que,

El éxito de la actividad curativa de éste hay que verlo como el triunfo de la fe y la esperanza sobre el fatalismo. Los enfermos, que se habían resignado a su enfermedad como si se tratara de su destino en la vida, se vieron animados a creer que podía e iban a ser curados. . . La fe era una actitud que se aprendía de Jesús a través de su contacto con él. . . La fe no podía ser enseñada, sino captada. . . Allí donde la atmósfera generalizada de fatalismo había sido reemplazada por una atmósfera de fe, comenzaba a producirse lo imposible (Nolan 1994, 46).

Jesús no tuvo predilección por el dolor sino por las personas que sufren. A estas les comunicó fe y esperanza. Sus curaciones serán “signo de la curación global o redención que él nos ofrece” (Davanzo 1991, 562). Ante esta revelación se requiere de nuestro compromiso en su proyecto, para ser sus seguidores y seguidoras.

4.2 Las curaciones de Jesús

Reacciones actuales

Señala Floristán (1993), que los 34 milagros que nos narran los evangelios hoy día provocan al menos tres reacciones. En primer

lugar, aceptación. El autor menciona que son muchas las personas que aceptan los milagros como tales, como hechos extraordinarios de Dios. La segunda reacción referida por el autor es el rechazo. Esto es, no se aceptan los milagros como tales, sino como relatos que quieren mostrar al verdadero milagro, Jesús. La tercera reacción que menciona Floristán es una nueva valoración de los mismos. Es decir, se reconoce que los milagros constituyen un género literario en los evangelios,¹⁴ por lo cual no se deben interpretar fuera de su contexto. “En todo milagro hay un “hecho bruto” (la ruptura de las leyes naturales) y un “signo” cuyo sentido percibe la fe en orden a la edificación del reino” (Floristán 1993, 47). En este sentido, se valora los milagros como signos y anticipos del reinado de Dios “que profetizan la vida definitiva en un mundo amenazado por las sombras de la muerte” (Floristán 1993, 47).

Consideramos que aunque los relatos de los milagros tengan ese carácter simbólico, no es contradictorio con ello, que los mismos reflejen experiencias reales y curaciones (González 1993). Lohfink lo percibe de la siguiente manera,

*Es ya hora de que hablemos de la atención de Jesús a los enfermos. Tocan a su fin los tiempos en que la crítica bíblica ponía sordina a las sanaciones milagrosas obradas por Jesús o les negaba todo valor histórico. Y se ve con claridad creciente que no existe incompatibilidad teológica entre la actividad sanante divina y los efectos curativos psicógenos (sigue vigente la antigua sentencia: la gracia presupone la naturaleza y la perfecciona). Por consiguiente, no hay razón alguna para que no tomemos completamente en serio las milagrosas sanaciones neotestamentarias... **no cabe sino ver las sanaciones milagrosas de Jesús en el contexto más amplio de su proclamación del Reino de Dios**¹⁵ (Lohfink 1998, 22).*

El re-establecimiento del equilibrio

En cuanto a los milagros, consideramos que más importante que determinar lo que realmente sucedió, es visualizar lo que esta

experiencia generó en el pueblo y lo que en ella Jesús revela acerca de como él y su Padre entienden la enfermedad. En efecto y como hemos señalado, Jesús “no considera la enfermedad como castigo, sino como desequilibrio del organismo y del espíritu, carencia de la libertad, la armonía y la paz que toda persona necesita” (González 1993, 183).

En este sentido, los milagros son signos del Reino, gestas de Dios que restituyen el equilibrio en el ser humano y en la creación, allí donde el dolor, el sufrimiento, la enfermedad y la muerte lo han puesto en peligro. Desde ese punto de vista la paz espiritual y emocional cuando se afronta una enfermedad, un dolor o la muerte, puede ser considerada un regalo, un don, un milagro, una gesta de Dios. Los milagros nos revelan que la actividad sanadora y restauradora de Jesús supone una visión global del ser humano. Esto es, cura al ser humano de todo mal que le afecte como persona. Por esto, a las curaciones físicas se añaden los exorcismos y el perdón de pecados. Los exorcismos permitirán desterrar el mal que en aquellos tiempos era atribuido a la acción demoniaca, mientras que el perdón de los pecados permitirá a la persona sufriente encontrar paz espiritual en medio de una sociedad que concebía una relación estrecha y mecánica entre enfermedad y castigo.

Las curaciones leídas desde la actitud de Jesús

Concordamos con Villamizar cuando señala que en los milagros presentados por los evangelios se visibiliza la actitud permanente de Jesús hacia la persona sufriente.

Los evangelistas, al presentar los milagros de Jesús, buscaban, ante todo, hacer ver la actitud permanente de Jesús hacia los que sufre, hacia los enfermos, los pobres, los pecadores; una actitud de permanente servicio, solidaridad, misericordia y reconciliación. Estos milagros están presentes a lo largo de la actividad mesiánica de Jesús formando parte, haciendo visible, el inicio del reino por él instaurado (Villamizar 2000, 22).

Sobrino por su parte apunta que “no se puede dudar históricamente de que Jesús haya hecho milagros en la primera gran etapa de su vida. . . La conclusión es que Jesús realizó curaciones que fueron asombrosas para sus contemporáneos” (Sobrino 1994, 114).

La fe dinamiza a la esperanza y al gozo

Pikaza señala que la vida actual no se encuentra exenta de milagros. Nos invita a no caer en un supranaturalismo que espere milagros en todos los momentos de la vida (Pikaza 1990), pero menciona la importancia de mantener la fe y la esperanza en el afrontamiento del dolor y la muerte. Nolan también indica que “el mundo está lleno de milagros para aquellos que tienen ojos para verlos. Si no somos capaces de asombrarnos y maravillarnos más que cuando se contradicen las llamadas leyes de la naturaleza, entonces realmente nos hallamos en una situación bien triste” (Nolan 1994, 47). Ambos autores advierten la fe como un elemento vital en los relatos de los evangelios. La fe dinamiza a la esperanza y al gozo que produce la credibilidad en el reinado de Dios.

La verdadera raíz de los milagros es la fe en el Dios que actúa por medio de Jesús y transfigura, de profundidad a la existencia de los seres humanos, haciéndoles capaces de vivir allí donde la vida parece condenada. . . vivir desde muy adentro y dejar que allí la vida de Dios nos transfigure, nos anime, nos conforte (Pikaza 1990, 141).

Las curaciones como gestas dinámicas de Dios

En la Biblia un milagro es un acontecimiento destacado como un acto poco habitual de Dios, como una de sus grandiosas obras. Estos actos de Dios tienen la capacidad de asombrarnos. “En este sentido la creación es un milagro, como lo es también la gracia, o el crecimiento de un enorme árbol a partir de una minúscula semilla de mostaza, o la liberación de los israelitas de Egipto; y un milagro será también el reino de Dios” (Nolan 1994, 47).

Así, los milagros son obras dinámicas que muestran la poderosa acción salvífica de Dios (Sobrino 1994, 114). No se refieren tanto a la ruptura de las leyes de la naturaleza, como a los gestos de Dios en favor de su pueblo. Por eso en los relatos evangélicos los milagros se significan ante todo como signos y obras que entrañan actos de poder salvífico. Al respecto Sobrino nos ofrece distinciones lingüísticas importantes,

*en los relatos evangélicos nunca se usa para describirlos el término griego *tercas*, que apunta al aspecto extraordinario de un hecho incomprensible (en el NT sólo aparece en He 2.4), ni el término *trauma*, que sería el equivalente griego al término *milagro* (aunque sí se menciona que el pueblo se admiraba y sorprendía). En su lugar se usan los términos *semeia* (signos, con lo cual se atribuye el acontecimiento a Dios), *dynamis* (actos de poder) y *erga* (obras, las de Jesús) (Sobrino 1994, 114-115).*

Este señalamiento lingüístico también lo menciona Floristán cuando dice que, “el término *milagro* no está en los evangelios, donde se habla de “obras poderosas” (*dinameis*) “acciones (*erga*) o “signos” (*semeia*) del Padre o de Jesús, percibidos por los testigos como intervenciones de Dios que les producen admiración” (Floristán 1999, 41). De ahí que no es pertinente desligar las curaciones que Jesús realiza de los signos del reinado de Dios que proclama. Villamizar señala que,

*Los milagros de Jesús eran ante todo una señal del Reino que acompañaban su mensaje de liberación y salvación dirigido a los más pobres, a los que más sufrían la carga del pecado, el dolor y el desamor, a los más pequeños de la tierra. Son un grito de protesta frente al pecado que somete y esclaviza, un grito por la libertad de los oprimidos. **Jesús no acepta que la opresión y la enfermedad se adueñen del hombre y por eso ha comenzado a liberarlos para, con ellos, dar inicio a su Reino de justicia, libertad y amor...** Jesús cura desde el Reino que se acerca y presenta este Reino desde sus propias curaciones como un reino de perdón, de misericordia, de justicia, de libertad⁶ (Villamizar 2000, 26).*

Las curaciones como lucha contra el anti-reino

Estos signos “benéficos y liberadores” -como les llama Sobrino (1994)- del reinado de Dios, producen gozo precisamente por lo benéficos que son. También producen esperanza por su carácter liberador en la lucha contra el anti-reino. De esta forma, los milagros no solo son señales que significan al reinado de Dios, sino signos liberadores de lucha contra el anti-reino. Así lo informa Sobrino,

Los milagros, como todas las actividades y praxis de Jesús, no deben ser comprendidos sólo desde el reino, sino también, dialécticamente, desde el anti-reino. Por ello, hay que recalcar su aspecto liberador en contra de alguien o de algo. . . negarse a ellos era negarse a la cercanía misericordiosa de Dios en estos signos (Sobrino 1994, 115).

Esta última comprensión sobre los milagros que nos aporta Sobrino es importante. Los milagros son signos contra el anti-reino. Esto es, señales de lucha contra todo lo que se opone y obstaculiza al reinado de Dios y su justicia. Son signos benéficos porque defienden y producen vida. Son signos de esperanza en tanto gestos de Dios que afirman su reinado de vida.

5. CONCLUSIÓN

En el devenir de todas las personas se presentan el dolor, la enfermedad y la muerte. La praxis de Jesús nos muestra que el amor, el servicio, la cercanía, la disposición, la solidaridad, la compasión, la inclusión y la opción por quienes sufren, son valores del reinado de Dios que traen liberación y esperanza con el fin de potenciar la calidad de la vida en los momentos más difíciles de la misma. Por ello Jesús se nos muestra como camino de salud, de revelación histórica del Dios tierno, compasivo, solidario y cercano. Estos valores que reflejan a Dios, se convierten en fortalezas para afrontar la enfermedad.

Jesús desarrolla su ministerio de sanidad en un medio hostil hacia las personas con enfermedad. La sanidad de Jesús no solo tiene que ver con el aspecto físico. En la afirmación del reinado de Dios, Jesús genera y promueve salud integral para el ser humano. Esto es, la salud que brinda Jesús abarca todas las dimensiones que constituyen a la persona: corporal, emocional, social y espiritual. «Sus curaciones... se dirigían a producir un ser humano sano en todo sentido, a restaurar un orden originario de armonía» (Villamizar 2000, 27). Esta praxis sanadora integral se denota en las siguientes acciones de Jesús:

- Nos ofrece la imagen de una Madre-Padre Dios cercana y cercano, solidaria y solidario, tierna y tierno, compasiva y compasivo.
- Propone una nueva relación con Dios mediante el perdón de los pecados (cf. Mc 2.5; Lc 7.36-50; 15.1-31; Jn 8.2-11)
- Propone nuevas formas de relación con los demás a través del amor y la solidaridad. (cf. Mt 5.3; 25.31, Lc 10.29-37)
- Restituye al enfermo ya sanado en su familia, en la sociedad (Mt 8.1-4, Lc 17.11-19).

De esta forma Jesús proporciona un soporte asertivo integral a la persona sufriente, que incluye la recuperación no solo de la salud física, sino de la salud emocional, y de la paz espiritual, así como la reinscripción en la vida familiar y comunitaria. La praxis de Jesús, su actitud inclusiva, el soporte asertivo que dirigió a las personas sufrientes, sus gestos y su revelación de Dios, nos permiten acceder a un Dios cercano, amoroso, compasivo y tierno que no nos envía enfermedades y dolor como castigo o como medio de aprendizaje. Todo lo contrario, está dispuesto a ofrecernos su apoyo para afrontar estas situaciones.

En la praxis de Jesús y en el Padre-Madre que nos revela, la esperanza se hace permanente. Casaldáliga y Vigil nos recuerdan que, “Nadie ha “practicado” plenamente a Dios en la historia excepto ese su Hijo histórico. Seguir a Jesús es, pues, en última instancia “practicar al Dios de Jesús” (Casaldáliga y Vigil s/f, 152). En ese seguimiento, se hace necesario que desarrollemos en nosotros las actitudes de Jesús para con las personas sufrientes, a fin de superar toda marginación, hostilidad y violencia contra las mismas.¹⁷

Notas

1 Tradicionalmente en nuestra cultura occidental a quienes padecen enfermedad se les ha llamado “pacientes”. El uso de este término ha contribuido a encubrir relaciones desiguales de poder entre quienes poseen la salud o bien “el arte de la medicina” y quienes sufren enfermedad y dolor. Lo anterior porque el término alude a una actitud pasiva, haciendo referencia al papel que la sociedad asigna a quien padece enfermedad (Kennedy 1983). El término “paciente” es definido como aquel o aquella “que sufre y tolera los trabajos y adversidades sin perturbación del ánimo, que padece física y corporalmente, el enfermo, sujeto que recibe o padece la acción de la gente” (Gisper 1999, 451). Este calificativo también ha servido en muchas ocasiones para negar los derechos de las personas sufrientes. Otros y otras, con el fin de buscar una alternativa a “paciente” e intentando superar la conexión del vocablo con “enfermedad”, utilizan otros términos tales como “usuario” o “cliente”. Estos últimos nos parece que denotan más una relación de tipo comercial. Nos resultan poco adecuados para designar a quien está sufriendo. También consideramos inadecuados los términos “enfermo, enferma” o los diminutivos “enfermito, enfermita” o “pacientito, pacientita” que se utilizan. Los mismos podrían evidenciar una actitud sobreprotectora no conveniente o bien son calificativos que se han vuelto “etiquetas” para señalar y, sin necesariamente proponérselo, descalificar a las personas sufrientes.

Nosotros preferimos utilizar el término “persona” o “persona sufriente” indistintamente. El pensamiento semítico considera a la persona como un “todo” integrado en sus dimensiones “visibles, invisibles, somáticas, psíquicas y espirituales” (Bogaert 1993, 343). El término “alma” en el pensamiento semítico incluye todas estas dimensiones y designa al “todo”, esencia del ser humano. Con la influencia del pensamiento filosófico griego, se introdujo en la mentalidad occidental el dualismo alma-cuerpo. Producto de esta polaridad, hizo su aparición el término “persona” con el fin de tener una designación que se refiriera al ser humano como un todo, tal como era el caso de “alma” en el pensamiento semítico. (Bogaert

1993). El término “persona” se refiere a aquel o aquella sujeto/a que independientemente de su género, edad, clase social, raza o creencias, orientaciones, tiene dignidad como ser humano y poder de decisión. Las mismas son características inherentes a su naturaleza. Estas cualidades se mantienen en todo momento, aún en medio del sufrimiento, las crisis de la vida y la enfermedad o el afrontamiento de la muerte. En este artículo aparecerá el término “paciente” solamente en las citas bibliográficas directas.

2 Este señalamiento también se hace en Freedman (1992). El artículo sobre la «lepra» en este diccionario señala que los mismos tipos de enfermedades de la piel denominadas «lepra» en el Antiguo Testamento, aparecen caracterizadas de esta forma en el Nuevo Testamento. Agrega también que algunos escritores médicos griegos de la época asignan el término «elefantiasis» o «elefas» a la enfermedad de Hansen (conocida hoy día como lepra).

3 Cf. Juan 9.2

4 El paréntesis es nuestro.

5 Schmid (1981) señala que de la aplicación rígida de la teoría de la retribución o remuneración como explicación del dolor en el mundo se deduce la consecuencia de que el dolor es señal absoluta de mal comportamiento, de pecado, mientras que la prosperidad es señal inequívoca de vida justa. Sin embargo esta teoría no se puede sostener frente a las experiencias de la realidad misma, realidad compleja que no encuentra explicación en una relación causa-efecto como ya se ha señalado. También menciona Schmid que “el judaísmo tardío hizo suyas las ideas del AT” (1981, 333), sobre el dolor y la retribución. Jesús reprueba la doctrina farisea de que todo dolor tenga carácter de retribución. (Schmid 1981).

6 cf. Ex 20.5-6, 34.6-7, Nm 14.18, y Ez.18.2-20 donde se desarrolla el tema de la retribución individual y no colectiva. Cada persona aparece como responsable por su propia conducta. Se refuta la responsabilidad de un hijo o de una hija sobre los actos de su padre.

7 El énfasis es nuestro.

8 La vía de la praxis de Jesús para conocer el Reino de Dios, consiste en prestar atención especial a la actitud y conducta de Jesús expresada en gestos (curaciones, exorcismos, actitud inclusiva, comidas, parábolas). Según Floristán (1999), esta es la vía elegida por cristologías ascendentes o inductivas. Señala Floristán que esta vía se fundamenta “en una teología positiva, una exégesis renovada de la Biblia y un aprecio de la evolución de la historia y de los problemas de la sociedad. Estas cristologías son sensibles a la dimensión social y política de los relatos evangélicos. Cristo se entiende desde el Padre y desde el Reino. El punto de arranque es la humanidad de Jesús o el Jesús histórico para llegar a su resurrección o hasta Dios a quien revela. Importa conocer la vida concreta de Jesús a partir de su humanidad y de su propia historia humana. Se estudia el Reino como símbolo.” (Floristán 1999, 39-40). Otras vías sugeridas por Floristán son: el Reino como concepto y la vía de los destinatarios y destinatarias. Nos parece que las tres vías propuestas nos ofrecen elementos para comprender la actitud de Jesús hacia las personas sufrientes y enfermas

y a vislumbrar al Padre revelado en Jesús, pero en especial la vía de su praxis de amor. Esto por tratarse de los gestos concretos de Jesús en donde se devela su actitud inclusiva en medio de una sociedad excluyente.

9 El énfasis es nuestro.

10 Nos parece importante la distinción que hacen la mayoría de los exégetas al traducir el término griego *basilea* por “reinado” y no por “reino”. Floristán (1993) señala que reinado alude a la acción de reinar, mientras que reino da la idea de territorio. La expresión “reinado de Dios” expresa mejor el sentido dinámico del gobierno de Dios como realización de la justicia y esperanza presente y venidera. Aunque existe cuantiosa bibliografía sobre el reinado de Dios, recomendamos la consulta al capítulo 2, “El Reino de Dios” que aparece en la obra: Floristán, Casiano. 1999. *La iglesia comunidad de creyentes*. Salamanca: Sígueme. El autor sintetiza algunas características del Reino y vías para conocerlo.

11 Ver también Mt. 4.17

12 El énfasis es nuestro.

13 **Soporte** se define como apoyo o sostén. Se define también como apoyo moral, protección, sustento y como el acto de mantener firme algo, prestar apoyo o auxilio (*Real Academia* 1995). Se trata de un acompañamiento pastoral con características muy específicas, tales como el compromiso, la lealtad, la colaboración, la escucha activa, el diálogo entre otros.

La **asertividad** tiene que ver con el desarrollo de la capacidad de comunicación en donde se respeta profundamente los pensamientos y sentimientos propios y de los demás. Esta capacidad conlleva a la pérdida del miedo a comunicarse. La comunicación asertiva supera a la comunicación pasiva que encierra inseguridad y a la comunicación agresiva, que encierra miedo. (*Glosario de Psicopedagogía* 2001, 1).

De esta forma, **soporte asertivo** se entenderá como aquel conjunto de acciones pastorales específicas para dar apoyo, sostén, firmeza, auxilio a las personas que sufren, (en este caso enfermedad dolorosa, no curable aún y/o terminal). Este soporte se realiza de una manera constructiva y afirmativa del sujeto, en el respeto de sus pensamientos y sentimientos especialmente en relación con la espiritualidad.

14 Para profundizar en este tema referimos a la obra de, Bonilla, Plutarco. 1978. *Los milagros también son parábolas*. San José: Caribe.

15 El énfasis es nuestro.

16 El énfasis es nuestro.

17 Schifter (1998), advierte que al inicio de la epidemia del sida, muchas personas sufrientes de esta enfermedad fueron excluidas, marginadas e incluso maltratadas por las sociedades occidentales que se confiesan cristianas. Muchas personas no recibieron la atención sanitaria, psicológica, social y pastoral adecuada. Muchas fueron víctimas de hostilidad y violencia. No faltaron los que señalaron esta enfermedad como un castigo de Dios. De esta forma se actualizó la lógica de la retribución negativa al culpar a las personas sufrientes y aislarlas. La desatención a las necesidades de las personas con sida obedeció a una serie de prejuicios. Es válida la pregunta sobre ¿cuál hubiera sido la actitud de Jesús y sus acción en esta situación?

Bibliografía

A. Biblias

La Nueva Biblia Latinoamericana, 3er edición. 1972. Traducción bajo la dirección de Bernardo Hurault y Ramón Ricciardi. Madrid: Paulinas, Verbo Divino y Editorial Alfredo Ortells.

Santa Biblia, Reina-Valera, Revisión de 1995. Edición de Estudio. 1995. Traducción bajo la dirección de las Sociedades Bíblicas Unidas. Bogotá: Sociedades Bíblicas Unidas.

B. Diccionarios

Bogaert, Pierre-Maurice, editor. 1993. *Diccionario Enciclopédico de la Biblia*. Barcelona: Herder.

Breneman J., Mervin, Tomás Hanks, Ricardo Foulkes, Dayton Roberts y Juan Huffman. Editores. 1977. *Diccionario Ilustrado de la Biblia*. Miami: Caribe.

Farmer R., William, Armando J., Levoratti, Sean McEvenvey y David L., Degan. Editores. 1999. *Comentario Bíblico Internacional*. Navarra: Verbo Divino.

Freedman, Noel David. Editor. 1992. *The Anchor Bible Dictionary*. New York: Doubleday.

C. Libros

Araya, Victorio. 1983. *El Dios de los pobres: el misterio de Dios en la Teología de la Liberación*. San José: DEI-SEBILA.

Araya, Victorio. 1998. *Cristología. Jesús de Nazareth: Buena noticia para todos y todas*. San José: Departamento de Publicaciones y Comunicación UBL. (Modulo de Estudio para el Bachillerato en Ciencias Teológicas, Universidad Bíblica Latinoamericana).

Arias Juan. 1976. *Devolvednos a Cristo*. Salamanca: Sígueme.

Boff, Leonardo. 1979. *El rostro materno de Dios*. Madrid: Paulinas.

_____ 1981. *Jesucristo y la liberación del hombre*. Madrid: Cristiandad.

Casaldáliga, Pedro y José María Vigil. S/f. *Espiritualidad de la Liberación*. Barcelona: Asamblea del Pueblo de Dios.

Descalzo, J. 1992. *Vida y misterio de Jesús de Nazareth*. Salamanca: Sígueme.

Floristán, Casiano. 1993. *Teología Práctica: contenido y método*. Salamanca: Sígueme.

_____ 1999. *La iglesia comunidad de creyentes*. Salamanca: Sígueme.

González Núñez, Angel. 1993. *Antes que el cántaro se rompa. Sobre la salud, la enfermedad, la muerte, la vida*. Madrid: San Pablo.

Lohfink, Gerhard. 1998. *La iglesia que Jesús quería. Dimensión comunitaria de la fe cristiana*. Bilbao: Descleé de Brouwer.

Nolan, Albert. 1994. *Jesús antes del cristianismo: ¿Quién es este hombre?* Quito: Vicaría del Sur de Quito.

- Pikaza, Xabier. 1990. *Para leer la historia del pueblo de Dios*. Estella: Verbo Divino.
- _____ 1991. *Nueva Biblia de los pobres*. Bilbao: Desclée de Brouwer.
- _____ 1996. *Dios judío, Dios cristiano*. Navarra: Verbo Divino.
- _____ 1999. *Para descubrir el camino del Padre: Nueve itinerarios para el encuentro con Dios*. Navarra: Verbo Divino.
- Schifter Sikora, Jacobo. 1998. *En la mesa del Señor*. San José: ILPES-IDEA.
- Schmid, Josef. 1981. *El evangelio según San Lucas*. Barcelona: Herder.
- Sobrino, Jon y otros/as. 1990. *Teología y Liberación, Escritura y Espiritualidad. Ensayos en torno a la obra de Gustavo Gutiérrez*. Lima: CEP- Instituto Bartolomé de las Casas.
- _____ 1994. *Jesucristo liberador. Lectura histórico-teológica de Jesús de Nazareth*. México: UCA.
- Tamez, Elsa. 2000. *Bajo un cielo sin estrellas, lecturas y meditaciones bíblicas*. San José: DEI.

D. Artículos

- Johnson W, David. *Métodos para la modificación de actitudes*. En: Kanfer y Goldstein. 1993.
- Kanfer, Frederick y Arnold Goldstein. (Eds). 1993. *Cómo ayudar al cambio en psicoterapia*. Bilbao: Desclée de Brouwer.
- Pikaza, Xabier. 1990. "Acción de Jesús" en: Pikaza, Xabier. 1990.
- Pikaza, Xabier. 1990. *Para leer la historia del pueblo de Dios*. Estella: Verbo Divino.
- Sobrino, Jon. 1983. "Jesús de Nazareth" en Floristán y Tamayo, 1983.
- Floristán, Casiano y Juan José Tamayo, editores. 1983. *Conceptos fundamentales de Pastoral*. Madrid: Cristiandad.
- Villamizar Jaimes, Juan Pablo. 2000. "Sirviendo a los enfermos como Cristo y como a Cristo", *Franciscanum, Revista de las ciencias del espíritu*. 124: 9 – 69.